

Viajeros entre neblinas

VÍCTOR MANUEL

Una noche extraña estaba a punto de emerger en un pueblo caliente y sombrío. La noche era más que silenciosa...la noche era desconfiadamente silenciosa; pero siniestramente atractiva...peligrosamente seductora.

Eran pasadas las dos de la madrugada cuando la noche se apoderó con su fría neblina, de un pueblo que en ese instante era casi fantasmal.

Yo me encontré anonadado por un acontecimiento que no parecía tener sentido alguno. Miré por la ventana; la neblina era espesa. Hacía frío. Me quedé estático, reflexionando idiotizado sobre lo que sucedía y lo que debería de suceder. Tomé cartas en el asunto. Decidí que debía de contribuir con el acontecer. Me puse un jeans, camiseta y tenis, y me dispuse a salir de la casa. Al abrir la puerta principal el aroma de la neblina golpeó mis narices. Estaba abrumado. Abrí el portón principal y salté a la calle... al centro de la calle, pues sería un pecado contra el buen gusto transitar por la acera.

Caminé hasta el parque, sin encontrar ningún tipo de vehículo en todo el trayecto y tampoco a alguna persona. Llegué hasta donde se suponía estarían los taxis del pueblo; pero no había ninguno. “Es la noche perfecta”, me dije, y busqué una banca donde sentarme, y me senté en la primera que daba al frente de la iglesia. Encendí un tabaco extranjero nada común en nuestra provincia, que en lugar de ser pequeño y blanco, era largo, delgado y cubierto con un papel café. Lo disfruté pegándole jalones cortos. El momento era mágico, nada lo interrumpía hasta que vi llegar un automóvil blanco deportivo –supongo que antiguo, porque nunca vi nada igual- y aparcarse cerca de donde yo estaba. Aquello fue en definitiva una puñalada al goce. Segundos después, un tipo alto, blanco, cabello rubio y

ojos azules venía hacia mí. Yo lo esperé tranquilo. Era muy simpático, que hasta llegué a pensar con prejuicio –a causa quizá de sus ademanes delicados– de que se trataba de un afeminado que intentaba ligar conmigo.

Su sonrisa me parecía familiar. Era como si me viera al espejo, mostrando con descaro irónico mi a veces sarcástica sonrisa.

Hablamos por un buen rato. Me contó que estudiaba medicina en Rusia y que estaba muy interesado en los experimentos paranormales. Me acuerdo de que se refirió a los institutos de investigaciones parapsicológicas que laboraban en clandestino en ese país. Todo aquello me pareció tan interesante que incluso le ofrecí un cigarrillo.

Mientras fumamos, compartimos nuestras experiencias paranormales. Nunca olvidaré su interés en el último de mis relatos. Le conté que en una ocasión, una vez fuera de mi cuerpo, aparecí de súbito detrás de un inmenso árbol de pino: al tomar plena conciencia de mi situación, me percaté de que había dos largas hileras de árboles de pinos tan gigantescos como el primero, que hasta debo confesar que me sentí un poco mareado.

Ambas hileras podrían tener una extensión de dos kilómetros. Nunca logré ver su inicio, pero pude percibir muy bien que la calle culminaba en un esplendoroso palacio antiguo. Al verlo desde lejos, queriendo estar en él, me encontré de pronto en la planta baja del palacio, contemplando con éxtasis dos escaleras anchas y arqueadas que se alzaban con majestuosidad. Luego sentí sed y de seguido me encontré frente a un gran lavatorio ubicado en el segundo piso y, como estaba la puerta abierta, pude contemplar ambas escaleras –desde arriba hacia la gran sala– con sus magníficas esculturas, los relumbrantes espejos y los bellos muebles antiquísimos que eran en demasía simples e inimaginables en belleza imponente. Instantes después, procedí a mover la manigueta, observando así el torrente cristalino que salía del grifo y que parecía proceder de un manantial virgen. En ese momento, retorné a la autorreflexión, y estando ahí me pregunté cómo podía sentir sed a la vez que intentaba saciarla con mi invisible mano, siendo yo en ese momento inmaterial.

Una vez planteadas estas interrogantes mi espíritu perdió fuerza.

Como en “cámara lenta” retrocedí frente al panorama... y de súbito: ¡plas! Me levanté de un sobresalto de mi cama. Todo había terminado de una manera extraña.

-¿No falta nada?

-No... creo que no –le respondí extrañado.

-¿No había manzanas rojas bajo los árboles de pino?

-¿Ah?

Esa pregunta me agobió, me hizo temblar. En efecto, había manzanas rojas bajo los árboles de pino. Estaba seguro de que olvidé mencionar ese detalle. Pero, ¿cómo podía un desconocido preguntar o saber preguntar aquello como si lo entrevistara?, ¿quién era ese personaje?

Sentí pánico, pero intenté controlarme; sabía que mi miedo podría darle fuerza a ese extraño e inefable. Pero él lo supo y, compasivo, procedió a tranquilizarme, arguyendo que las manzanas rojas y la carretera pavimentada (la

que yo también olvidé mencionar, pero que en efecto se encontraba en mi “viaje astral”) no eran más que una conmemoración que los súbditos brindaban a sus reyes, en donde las manzanas rojas simbolizaban el poder de estos dioses terrenales que se podían dar el lujo de pisarlas como alfombras.

Ante tal explicación, creo que la contorsión de mi rostro evidenciaba incredulidad o escepticismo, mientras que su sarcástica sonrisa emergía otra vez desde las profundidades de sus entrañas. Nos miramos con fijeza y frialdad. Estoy casi seguro de que él se sintió un tanto incómodo preludivando la posibilidad de que yo descubriría quién era.

Al momento, rompió el silencio con una sonrisa cortés y sincera:

-Tengo que irme. Mañana regreso a Rusia. Fue un placer haberte conocido en persona. Debes seguir escribiendo. Algún día te volveré a ver...algún día te leeré de nuevo. De cualquier forma nos volveremos a ver.

Me dio la mano y se marchó casi brincando, a grandes zancadas, pero muy despacio como esquivando charcos que no existían.

Muy cerca de su automóvil se volteó y exclamó burlón:

-¡Ah!, ¡y no intentes preguntarte quién soy, porque quizá nunca lo sepas!, ¡ni siquiera yo tampoco!

Cuando se marchó me dije: ¡Este tipo está loco, es extraño y excéntrico! ¿Qué habrá querido decir con “sigue escribiendo” si ni siquiera sabe que lo más que he logrado escribir son algunas canciones y poemas rosa, blasfemos y delirantes, totalmente inmaduros y sin valor alguno?

En ese momento, me sentí como un perfecto imbécil a quien le habían tomado el pelo jugando con sus miedos arcaicos internos.

Confundido, me encendí otro cigarro, reflexionando a cada instante sobre lo acontecido, que hasta llegué a dudar de si en realidad había hablado con un desconocido.

Luminosamente, me sobrevino una idea: ¡buscar la única evidencia posible de su permanencia!

...Atónito y asustado encontré solamente una colilla de cigarro. La mía.

